



FABELA, EL HEROE CIVIL

POR DIEGO CÓRDOBA,
*(Ex-embajador de Venezuela en Méxi-
co, escritor y periodista)*

La mayoría de historiadores y cronistas de la Revolución Mexicana se circunscribe, por lo común, a exaltar las virtudes de los próceres que sobresalieron en las hazañas de las armas, en tanto que olvidan a otros insignes mexicanos que, dentro de aquel gran movimiento social y desde la tribuna, las letras y el ejemplo, se consagraron a dignificar el concepto de ciudadanía, el culto a las instituciones civiles y a la libertad y la justicia. Parecería que sólo buscaran en la función de las armas al prócer merecedor del ensayo o el penegírico. Como ha escrito un notable ensayista venezolano: “por espacio de más de un siglo la historia de América ha vivido al rescoldo de las fogatas que suben de los campamentos”.

El héroe civil: he aquí la entidad humana y política que reclama la mayor veneración de nuestros pueblos, sobre todo, en esta etapa inquietante y disgregadora, en que la pasión por la paz es ya mística de fuego que va penetrando en la conciencia de éstos y extendiéndose por el mundo como la única salida de salvación para nuestra cultura. Es ya, pues, la hora en que los americanos debemos cerrar el panteón de los héroes de espada para abrir el templo a los héroes del civilismo.

En este honroso homenaje nacional e internacional al señor licenciado don Isidro Fabela se trata principalmente de relieves las virtudes civiles de una de las personalidades más esclarecidas del México que resistió, erguido y patético, pletórico de promesas sociales, la tremenda Revolución que inició un civil, don Francisco I. Madero, y que a la larga ha cuajado en un vigoroso régimen institucional, sustentado sobre la paz, la libertad y la justicia.

Fabela representó en aquella guerra heroica la virtud civilista de un México desgarrado por los combates, las injusticias, los crímenes y las pasiones desorbitadas de hombres y masas; y a la par que el licenciado don Luis Cabrera y otros ilustres mexicanos, que participaron desinteresadamente en la defensa de las instituciones democráticas, la soberanía de su país y las justas reivindicaciones sociales y económicas de una nación abatida en sus derechos, desde los viejos regímenes coloniales, forma fila de honra en una generación universitaria, brillantísima, viril y honesta, que la historia habrá de consagrar, con títulos luminosos, en los anales de aquella gran Revolución, secuencia lógica del clásico movimiento independentista de México.

Cuanto se escriba de Fabela es poco en tributo a sus nobles merecimientos de ciudadano. Su patriotismo, su limpia actuación política, su lealtad a los principios constitucionales, su enorme obra bibliográfica de jurista, maestro, historiador y diplomático, su firme posición antimperialista, que no se ha resquebrajado nunca, como, desgraciadamente, ha ocurrido en otros viejos defensores de nuestra soberanía, a veces tentados por dorados señuelos o débiles en la resistencia política o moral, han elevado a Isidro Fabela a la categoría de símbolo luminoso de una América digna y civilista, que bien sabe ya que su destino se encuentra seguro en la unidad política de sus pueblos, en el común ejercicio de la cultura y la repugnancia al poderío absorbente de la espada, en su indetenible desarrollo económico y en la infranqueable fortaleza de su independencia. Obra ésta de muchos años, es cierto, de más de un siglo, de cruentos e incruentos sacrificios, pero ya en rica plétora de servicios reivindicadores de nuestros derechos.

Lo más admirable en este eminentísimo mexicano, arquitecto de la famosa "Doctrina Carranza", es que todavía se ciñe, orgulloso y jovial, su escudo de paladín de nuestras libertades, de la justicia americana, y en el invierno de su vida y de su obra continúa siendo vívido ejemplo de constancia y fe para nuestras inquietas generaciones. El mismo ardoroso adalid de la juventud, hijo espiritual de don Justo Sierra, nieto de los Sarmientos, los Hostos y los Montalvos y eximio entre sus contemporáneos y grandes maestros civilizadores de América.

Sembrado en su propio suelo como recia encina, Fabela pertenece al grupo de los pensadores iberoamericanos que han com-

probado, en el profundo desvelo de nuestra historia, que ya periclitó la época colonialista en que nuestros pueblos indefensos, desorientados o abúlicos, sopesaban su pasado, como difícil lastre; no se hallaban a sí mismos y “creían vislumbrar su destino en la cultura, la civilización y las novedades de Europa o en los avatares y los laboratorios sociales y políticos de la poderosa nación norteamericana.”

No estaba ahí nuestro destino. Estaba y está en nosotros mismos, en nuestra América mosáiquica, ardiente o fría, costera, llanera o andina, la que ama y defiende Fabela con fulgurante pasión y fe de apóstol: “la esperanza del Universo”, como lo profetizó Bolívar.